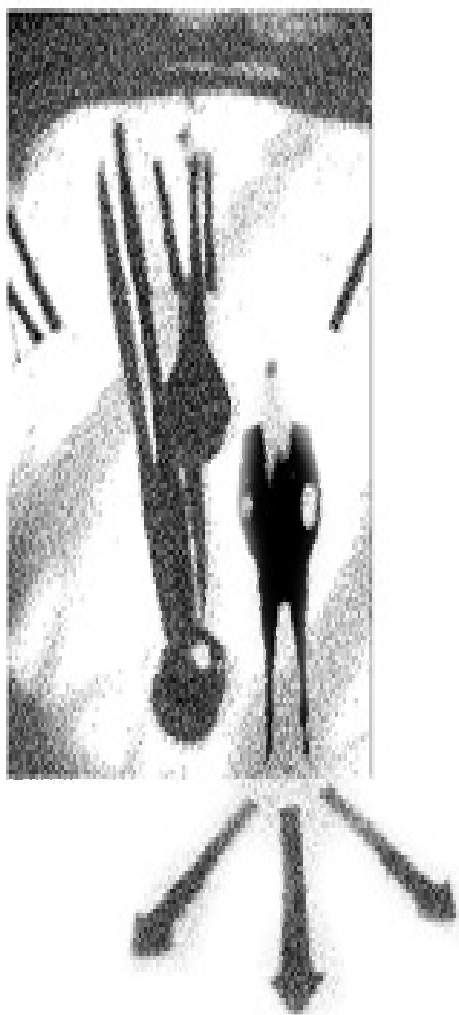


# Perfiles de Académicos

JORGE RAMÍREZ CARO<sup>1</sup>



Cuando llegamos a cualquier institución educativa, llámese escuela, colegio o universidad, nos apremia una gran esperanza: el deseo de entrar en contacto con un mundo distinto del habitual, un espacio donde por primera vez vamos a aprender a pensar en serio, a desarrollar destrezas y habilidades para afrontar nuestros problemas como ser humano en relación con los otros y con el mundo circundante. Creemos que por fin vamos a salir del adormecimiento espiritual en que fuimos sumidos por docentes cuya principal función fue domesticarnos, sujetarnos y alienarnos-alinearnos a los parámetros de una cultura oficial que no quiere gente crítica, cuestionadora, imaginativa y creativa, razón por la cual seguimos en un subdesarrollo cultural. Es probable que vayamos pensando en si los académicos de la nueva institución que me acogerá sean mejores que los de donde procedemos: a lo mejor algo nuevo aprendamos o algo nos haga sacudirnos esta modorra espiritual, esta apatía, este borreguismo que no nos permite ver claro el propio camino, sino que vamos para y por donde va el resto del mundo.

De la casa salimos niños ilusionados porque por fin vamos a la escuela a aprender a leer y a escribir. Ese sueño se nos quiebra en pedazos al poco tiempo, cuando no podemos mover un dedo sin pedir permiso, cuando no podemos hablar sin que nos sea autorizado, cuando no podemos decir las cosas como las sentimos sino como está permitido: descubrimos que la escuela nos pone ojerás, nos encauza, nos ataja. El río que somos va a morir al mar y a toda costa algo en nosotros lucha contra corriente por sobrevivir, por llegar a la otra orilla. De la escuela salimos con el sueño de que en el colegio se nos van a abrir los ojos y del colegio vamos muy creídos a la universidad con la esperanza de que aquello que quedó de lo que llamamos imaginación será abonado,

regado y afilado para alcanzar un verdadero nivel de conciencia crítica y de compromiso ético con uno mismo, con los demás y con el mundo en que vivimos.

Pero la universidad no siempre es lo que hemos creído y esperado: un espacio de discusión, de crítica y autocrítica, de cuestionamiento, de trabajo y disciplina, de pasión, de lucha y de compromiso por la conquista o por la construcción de un mundo más humano, más democrático, más justo y más solidario. Para muchos estudiantes el campus universitario no es nada distinto de lo que fue el colegio: un lugar de refugio para que en la casa no les asignen tareas, una pasarela donde lucir los vestidos y modas que las normas disciplinarias de la secundaria no permitieron. La universidad es otro motivo para no comenzar a responsabilizarse de sí mismo ni de nadie y seguir viviendo del bolsillo de los padres: muchos de los estudiantes de hoy se atrincheran en la casa so pretexto de estar estudiando, pero no cumplen con su papel: no estudian, no leen, no investigan<sup>2</sup>.

Tal vez esto sea así porque, al igual que en las etapas anteriores, los estudiantes no encuentran la motivación, el apoyo, el compromiso y el ejemplo en los profesores, quienes también han convertido el campus en la vitrina donde sacar a relucir sus intereses y ambiciones nada académicos. Si la educación superior está como está no es sólo porque los profesores tengan que subsanar los vacíos dejados por la educación primaria y diversificada, sino también porque muchos siguen haciendo lo que están acostumbrados a hacer: nada. Aunque la responsabilidad del proceso enseñanza-aprendizaje es una labor en la que convergen familia, institución educativa y la sociedad, no por eso el docente debe atenerse y no contribuir con su grano de arena en dicho proceso. Al igual que las demás partes, está llamado a dar el ejemplo, estar actualizado y ser un investigador constante para, con el ejemplo, motivar a los estudiantes a que se encaminen por una senda más humana, más democrática y más comprometida por liberarnos de la indiferencia social, histórica y cultural en la que nos encontramos.

No escribo este artículo para referirme a los estudiantes que llegan al campus universitario porque sus padres son gente importante y tienen dinero para comprar su puesto en las aulas. No discente que encontré cuando yo fui sino a los profesores, a los profesionales educación superior que me he encontrado en las aulas de aquella entonces y que todavía permanecen inamovibles como piezas preciosísimas de un museo que nada aporta a la historia. Muchos de ellos se pueden encontrar en una sola escuela o en una facultad. Con muchos de ellos compartimos clases, son nuestros colegas y amigos que tenemos que soportar porque tienen una posición más privilegiada que podemos aprovechar o porque no nos atrevemos a decirles que hagan lo que hacer porque eso equivaldría a perder la amistad y crear un clima de persecución, acoso y hostigamiento. Esta complicidad nos hace callar y con este silencio toleramos y acuerpamos una planta de malos docentes que deberían ser desterrados para bien de la academia, de los estudiantes y de la sociedad en general.



Expongo los perfiles más comunes y más dados a encontrar en cualquier centro de educación (primaria, secundaria y universitaria). Es probable que se me hayan escapado

algunos, pero este texto está abierto a ser criticado, cuestionado, corregido y aumentado. A cada uno de los perfiles de académicos que esbozo le corresponde, por analogía, los perfiles de los actuales estudiantes que frecuentan las casas de estudios superiores, tanto públicas como privadas<sup>3</sup>. Veamos.

1. El primer lugar está **el profesor fantasma**, el profesor que nunca llega. Ningún estudiante lo ha visto nunca, ninguno lo conoce, ninguno se ha encontrado con él por casualidad en el campus universitario y mucho menos en el aula. De este profesor lo único que se sabe es su nombre y que cobra meridianamente su jugoso cheque de académico emérito.

Una versión de este profesor fantasma es aquel que, aunque no se presenta, da el curso por correspondencia o por medio de llamadas telefónicas. Sólo mantiene contacto con la secretaria: la llama y le dicta lo que deben hacer los estudiantes. Ella se presenta al aula y expone las razones por las que el profesor no se pudo hacer presente y da las indicaciones que éste le dictó por teléfono. Su negocio particular lo aleja de su labor docente. De este profesor se conocen su nombre y su casillero donde los estudiantes dejan los trabajos asignados y que nunca recuperan. Lo último que se sabe es que todos los estudiantes pasan el curso.

Este académico aparece años tras año dentro de los renombrados, tal vez por la resonancia política de su nombre, por su abolengo, por los favores que en algún momento la institución recibió de él o de alguno de su estirpe. Por lo demás, es un profesional decorativo, un elegido para presumir vínculos con los grandes conquistadores y colonizadores de la patria. Aparece también en las listas de honores de las casas de estudio como en los consejos editores de revistas y editoriales. El vano prestigio se jacta con tener un espécimen tan escurridizo y problemático para la calidad y la excelencia académica con que todas las casas de estudio superiores se llenan la boca en los lemas de anuncios publicitarios.

2. Sigue en la lista el **profesor inconstante** que llega una semana y la otra no o siempre llega tarde. Este académico cada vez que no llega o llega tarde tiene una excusa nueva, extraordinaria. Su apelación a la misericordia y a la comprensión es grande porque siempre es víctima de una zancadilla del destino: se le murió un familiar, un amigo, un allegado, se quedó encerrado en su propia casa y no podía salir, o perdió las llaves de su carro, o le robaron el carro, o había un enorme congestionamiento vial, o le se le estalló un neumático, o tuvo que salir de urgencia porque lo llamaron de la dirección de la escuela o del colegio donde estudia su hijo o hija, o tuvo que asistir a una reunión, a una conferencia, o se dobló un tobillo, o se fracturó un cabello, o se le cayó una pestaña, o se le fue una cana por el desagüe, o tenía jaqueca, migraña, dolor de estómago o cualquiera de las plagas de Egipto aún no editadas.

Con este rosario de lamentaciones llega cada semana. Este académico es una víctima elegida por los dioses o por el destino para que nunca pueda estar a tiempo cumpliendo con su deber: todo el universo confabula para que su trabajo y su reputación queden por el suelo. Con la excusa desea recuperar la poca estima en que lo van teniendo los estudiantes.

Se presenta a trabajar tarde porque aún tiene vergüenza de no presentarse y cobrar un sueldo como el profesor fantasma. Aún la culpa de usufructuar sin mover un dedo lo delata y lo empuja a que asome las narices de vez en cuando. A veces se hace evidente que su retraso se debe a que se le olvidó que tenía que venir a trabajar y se quedó dormido. Si esto es tan notorio se excusa diciendo que puso el despertador eléctrico pero

se fue la luz y el aparato se dislocó, sonó una hora después. Pese a que llega tarde, da su clase en treinta minutos porque tiene que salir a atender un asunto de urgencia.

3. Luego tenemos al **profesor sabelotodo** que el primer día apachurra el ánimo, el entusiasmo y la autoestima de los estudiantes. Este prototipo suele llegar con cara de pocos amigos. Sus primeras palabras son contundentes y se resumen en una amenaza de dejarlos a todos: "Conmigo nadie pasa este curso", son sus elocuentes regurgitaciones. Luego expone las estadísticas de cuántos estudiantes han pasado por sus manos, cuántos se han quedado y cuántos han logrado pasar por una simple debilidad de él.

Una versión de este modelo de profesor es el que por la cara del estudiante sabe quién es tonto y quién es listo. Desde el primer día escudriña en los rostros el temor y siembra la baja autoestima con el "usted tiene cara de ser un perdedor", "yo conozco a los buenos con sólo verlos, y usted no está dentro de esa lista", "usted se equivocó de carrera" o "vamos a ver si usted confirma mis sospechas". Según este modelo, el único inteligente en la clase es este profesor, nadie tiene más experiencia, nadie ha ocupado más cargos, nadie ha escrito más que él<sup>4</sup>.

Por eso este es un **profesor presumido y prepotente**, cree saberlo todo mejor que cualquier otro y se considera ser el único que está haciendo las cosas como deben y tienen que hacerse. Se gloria de no ser como los publicanos y pecadores. Desdice, desmiente, desautoriza y humilla a cualquier colega que se le ponga al paso. A todos los mira por encima del hombro y se roza con ellos porque no hay otro camino o porque no queda de otra. Todo cuanto hay que hacer en equipo se debe y tiene que hacerse a su modo. Son buenos colegas quienes se pliegan a esa disposición y son malos quienes lo adversan. De modo que este tipo de profesor es feliz sólo cuando los demás han acogido, aplaudido y ejecutado su propuesta y se manifiesta energúmeno cuando una oveja negra le opaca el panorama.

En cuanto a su relación con los estudiantes, sólo sus opiniones, sus preguntas, sus dudas y sospechas están bien fundadas, bien planteadas, bien enunciadas. Tiene la primera y la última palabra. A cada rato enfatiza que los estudiantes de hoy son irresponsables, vagos, no saben pensar y carecen de criterio propio. Nunca llega a establecer un clima de confianza y tolerancia ni con los estudiantes ni con sus colegas.

Es probable que el profesor que abrumba a los estudiantes con los títulos, grados académicos, experiencias, cargos, puestos, publicaciones y demás prepotencias, tenga algún parecido con el perfil anterior. Lo paradójico de este modelo es que, a pesar de tantos reconocimientos ilustres que esgrime, no sabe la materia de la que dice ser experto y poseer mucha experiencia o tener mucho tiempo impartiendo el curso. La autoridad de este profesor se reduce a la mera exposición de sus cartones y no en su habilidad, destreza y cualidades académicas para disponer y entusiasmar a los estudiantes para la materia que imparte y hacerlos que participen, piensen y expresen lo que saben.

4. Veamos ahora el **profesor festivo**. Este, en lugar de clases, cuenta chistes, anécdotas, programa fiestas y paseos y descalifica la materia o expresa lo inapropiado del horario o del aula para dar o recibir una clase. Según este académico mejor hubiera sido quedarse durmiendo, porque las muy mañanas para eso son apropiadas o lo mejor sería estar en una fiesta con unos amigos tomándose un traguito porque las muy tardes a eso invitan. Habla mal de los profesores responsables a los que llama estresados, histéricos, secos, fríos y aburridos.

Cuando ha agotado su repertorio de chistes y anécdotas hace ronda con los estudiantes: "¿quién sabe buenos chistes?". En caso de que no haya más nada que hacer decide indicar algunos contenidos que se podían ver en el curso en lugar de los que el programa señala. Si aborda estos contenidos lo hace de modo superfluo y según el criterio, no de un profesional, sino como de quien opina sin fundamento y como si nada supiera al respecto.

Como en su clase todos los rostros sonrían, él piensa que está cumpliendo con un objetivo que nadie más alcanza: darle a los estudiantes un respiro dentro de un curso lectivo lleno de lecturas, trabajos y evaluaciones que no toman en cuenta esa parte emotiva y festiva que él explota maravillosamente. Con las fiestas y paseos considera que está conociendo esa otra cara que los estudiantes no exponen cuando piensan, reflexionan, analizan y cuestionan.

5. Otro perfil muy parecido a los dos anteriores es el del **profesor despistado** que nunca sabe por dónde va el curso. Su primera pregunta es: "¿por dónde íbamos o por dónde quedamos?". Y da la casualidad que nunca acierta a llegar con el material de lo que correspondía. Ante esta desorientación opta por dos posibles salidas: una, improvisar, porque nunca da el brazo a torcer y no puede echar abajo cuanto dijo el primer día al exponer su currículum, y dos, buscar entre lo que lleva algo que lo saque del apuro y no improvisar una clase, sino una tarea o un trabajo grupal en clase. Mientras los estudiantes hacen dicho trabajo, él lee el material que después comentará. Como la clase no puede quedar así a medias, promete continuar con el tema la próxima sesión, en la que se repetirá el círculo.

Este profesor despistado algunas veces se mete en la clase equivocada, o comienza a dar en una clase lo que es materia de otra, o siempre duda de lo que está haciendo y pregunta: "¿Fue con ustedes con los que vi tal tema o no fue aquí?". Conozco casos en que este profesor tenía que ir a una universidad y se presentó a otra.

6. En cualquier centro educativo nos vamos a encontrar con el **profesor embriagado**, no de conocimiento y sabiduría, sino de ron. Este profesional frecuenta más el bar o la cantina que la biblioteca, tiene más en sus manos una copa que un libro. Ebrio se presenta a las clases, se sienta en su pupitre o se apoya en la pizarra para no flaquear y caer como los héroes de la **Ilíada** que con todas sus armas su cuerpo resonaba y se oía a la redonda.

Este profesional ingresó al centro educativo porque era una lumbrera, la mente más lúcida, una eminencia, pero por pasarse de copas cada fin de semana cayó en las redes de Dionisos-Baco y ya no pudo liberarse del trago diario. Las razones que lo llevaron a esta situación no nos corresponde indagarlas ahora, pero sí su comportamiento en el aula y su relación con los estudiantes y sus demás colegas. En ocasiones se duerme mientras los estudiantes exponen o realizan un examen. Agrede psicológicamente a los estudiantes, además de inoportunarlos con su olor característico que lo delata, mucho más cuando combina el trago con el cigarrillo<sup>5</sup>.

Como profesional es un mal ejemplo para los alumnos, porque se ve involucrado en muchos problemas: impuntualidad, inasistencia, improvisación y creación de un ambiente poco adecuado para el proceso enseñanza-aprendizaje en el aula. Tampoco representa una motivación ni un buen ejemplo a emular por los estudiantes que lo encuentran cada nada sumido en el trago en cualquier cantina. Aunque algunos evadan el reproche público con un pequeño bar familiar donde coleccionan los más exquisitos licores del mercado, la imagen académica se les viene al suelo cuando no cumplen con sus

responsabilidades y llega a ser conversación frecuente (de la mala conversación) en los estudiantes.

7. Existe también el **profesor que hace trabajar pero que él no trabaja**. Este modelo, el primer día reparte fotocopias de un libro para que los estudiantes expongan durante el curso y él no hace otra cosa que repetir lo que ellos dicen. La peculiaridad de este académico es que, amparado en una cierta metodología, defiende que el estudiante es el sujeto activo en el proceso enseñanza-aprendizaje y que el profesor es un mero guía o facilitador. Son ellos y no él quienes deben hacer el trabajo, quienes tienen que aprender y construir el conocimiento.

Lo paradójico es que este facilitador nunca responde a las cuestiones que los estudiantes le plantean, vive aplazando la respuesta y prometiendo "la próxima semana les resuelvo el asunto que queda pendiente". Se refugia en una falsa humildad ("en este momento no estoy bien informado, pero haré la averiguación del caso") para ocultar su incompetencia, su desactualización y falta de sentido crítico y creativo.

8. Un caso muy típico y que compagina con el perfil anterior es el **profesor del librito** de siempre: no ha vuelto a tomar un libro para actualizarse y sigue recitando la misma lección de toda su vida. Su libro de texto es su joya intelectual, su arca de sabiduría, su tabla de salvación. Este académico combate la competencia aduciendo que tiene tantos años de experiencia y sabe cómo afrontar cada situación curricular. Pero la verdad es que tiene treinta años de estar repitiendo lo mismo que hizo el primer año: es experto en ser fiel a la primera clase que dio en su vida, la cual reproduce eternamente.

Esta clase de académicos no investiga, no lee, no crea, no produce. Lo único que presentan para ascender al régimen es su pujada tesis de grado, algunos esquemas y resúmenes de clase y otras cuantas varatijas intelectuales, plagiadas de trabajos de sus estudiantes. En lo único que ha sido sobresaliente y lleva pasos adelante a muchos otros es en ser sumiso, obediente para con las normas y leyes: todo lo consulta con el superior, se ciñe a lo normado, pero se convierte en feroz guerreros cuando le tocan su bolsillo.

9. No puede faltar el **profesor Don Juan**, el acosador, el de las propuestas indecentes, el perro de las casas de estudios. Pasa la vida echándole el ojo a las o a los estudiantes. Cuando ya ha focalizado comienza a invitar a un café, luego a una fiesta, después a un paseo y finalmente a su casa o a su apartamento. Si no hay respuesta positiva aprovecha su posición de mando y aprieta en las notas, no acepta excusas o justificaciones de inasistencias a exámenes o pruebas, hasta que la parte débil cede o quiebra el asunto abandonando el curso.



Las horas de atención a estudiantes de este modelo es a puerta cerrada. Cuando ya ha puesto el ojo a alguien, su clase la compone sólo la víctima. Su discurso es alusivo. Es un decir a medias para los demás, pero es una constante insinuación para la persona

de su interés. Sus frases suelen apelar a relaciones donde la víctima tiene que negociar y ceder para acabar con el estado de cosas.

Este modelo se lleva muy con el profesor festivo. A veces actúan en conjunto y programan fiestas o paseos, o el uno se apunta en el paseo del otro con tal de lograr la oportunidad. En sus conversaciones con amigos extrauniversitarios relata su sinnúmero de aventuras. Según él, las universidades son centros de oportunidades libidinosas en lugar de espacios de discusión, investigación y exaltación del espíritu.

10. El **profesor mercader** no desaprovecha la oportunidad para hacer de sus estudiantes clientes que tienen que comprarle sus libros. El primer día llega con los libros que ha publicado o con los de amistades y se los vende a los estudiantes, bajo el pretexto de que serán leídos en el curso. Para que se concrete el pago, utiliza dos estrategias. La primera es una amenaza: "quien no me lo pague no pasa la materia". La segunda es un chantaje: "quienes me lo compren tendrán tantos puntos a su favor". Ambas cosas se dan.

En el mejor de los casos, los libros pueden resultar buenos y llegan a ser utilizados de verdad como materiales del curso: los estudiantes aprovechan la inversión y el profesor hace un negocio "limpio". Pero se ha dado el caso que los libros resultan ser malos y no contienen nada provechoso para los estudiantes y el profesor tampoco los explotó como materiales de apoyo. El académico se aprovecha de su posición y vende por vender: ha estafado económica e intelectualmente a sus clientes.

11. Hay un perfil académico muy modesto y se mueve dentro de la esfera del compromiso, del trabajo, la disciplina, la responsabilidad, el estudio, la investigación, el esfuerzo, la constancia. Este es el **profesor con vocación y espíritu académico**. Es puntual y cumplido. Desde el primer día establece las reglas del juego, entrega programas y cronogramas y ofrece ser comprensivo, negociador, flexible para los casos que ameriten un tratamiento especial.

Motiva y entusiasma a los estudiantes al inicio de cada clase. Les lee un texto relacionado con el tema del día. Comenta, analiza y cuestiona los sucesos y acontecimientos nacionales o internacionales. Sacude a la clase con una pregunta que rompa el hielo y propicia el intercambio, la polémica, la discusión, la controversia. No busca transmitir conocimientos sino en generar, descubrir, desarrollar y entrenar capacidades, destrezas y habilidades en los estudiantes. Se esfuerza por hacer que los estudiantes piensen y expresen sus ideas, que relacionen el saber con un compromiso consigo mismos, con el otro y con la realidad.

Está al día, asiste a conferencias, investiga, crea, publica, motiva para que otros lean y escriban. Siempre desea tener trabajo y poder compartir las cosas que descubre. Cree que la verdad de la academia radica en la coherencia con la práctica: a la formación de una conciencia crítica y autocrítica, responsable y comprometida debe seguirle la construcción de una sociedad justa, pacífica, democrática y tolerante. Considera que educación y política están de la mano y son inseparables.

Este profesor combina muchas estrategias y habilidades para que su clase sea agradable, analítica, reflexiva, para que se pueda trabajar en un clima de tolerancia y de respeto a las ideas contrarias y diferentes. Considera que en conocimiento en bruto no es suficiente: hay que tomar en cuenta los conocimientos previos, los esquemas mentales, las experiencias vitales y la memoria colectiva para insertar ese conocimiento en la gran cadena de la cultura y de la vida, donde está el depósito de la sabiduría humana, a la que todos debemos aspirar.

12. Finalmente, tenemos al **profesor ideal**. Se parece al profesor fantasma: nadie lo conoce, nadie lo ha tenido ni se ha encontrado con él. Este profesor daría todo por los estudiantes, a todos les caería bien porque sabría combinar sus conocimientos, sus estrategias y sus habilidades de enseñanza con los gustos y necesidades de sus educandos. Satisfacería las exigencias del más inteligente y se pondría a la altura del más cerrado. Su poder de motivación y de creación de ambientes apropiados para el proceso de enseñanza-aprendizaje sería tal que nadie tendría dificultad para alcanzar el éxito personal, académico y profesional.

Este profesor no sólo tendría la capacidad de comprender y solidarizarse con los problemas y necesidades de los estudiantes, sino que también comprendería y respondería a las demandas de sus colegas y administrativos. Además, este profesor no sólo triunfaría como profesional, sino también como esposo, amante, amigo y padre. En pocas palabras, todo mundo estaría contento con él, porque él a nadie dejaría sin ser atendido. Con unos cuantos profesores como este los demás académicos se podrían quedar durmiendo en su casa o fiestando todos los días.

¿Existen o no estos perfiles? ¿Me los he sacado de la manga? Creará el lector que lo antes apuntado es una burda caricatura de una academia. Pero si evalúa a conciencia es probable que algo de lo aquí expresado no sea tan ajeno a la realidad que vivimos en las casas de estudios superiores. Porque se haya callado y aceptado la existencia de profesionales con las cualidades antes citadas, no quiere decir que se deban tener como natural en un espacio donde se supone se enseña a pensar, a cuestionar y a crear.

Además de esta complicidad para con el sistema, existe una tendencia a bajar los niveles de exigencia en vista de que muchas personas no calificarían si las expectativas se mantienen muy elevadas. Cuando la competencia debería obligar a las instituciones educativas, no a medirse con el nivel más bajo, sino a esperar que quienes aspiren a ingresar a ellas demuestren estar a la altura de los más renombrados centros de enseñanza superior del mundo.

¿Estará siendo arrastrada la educación superior por esta tendencia hacia la medianía, la mediocridad y el facilismo? ¿Acaso la filosofía del pobrecito y el paternalismo resuelvelotodo marcan las directrices de la educación superior hoy? ¿Se habrá convertido la educación superior en un negocio? ¿Será que se toma el poder del mercado como único molde o guía de la actuación universitaria en particular y cultural en general? ¿Aún está interesada la educación superior en inculcar valores que lleven a los profesionales a pensar, idear, crear y construir una sociedad más humana, más justa, más solidaria y más tolerante? ¿Será que con perfiles académicos nada excelentes se pueda promocionar y ofrecer a las futuras generaciones calidad y excelencia académica? ¿Cuál de estos perfiles querrá la educación superior de hoy? ¿Cuando los estudiantes escogen centro de estudio superior en qué se fijan: en las instalaciones, en los programas, en los perfiles de los académicos, en el tiempo en que saldrán graduados?<sup>6</sup> Que la educación sea democrática no quiere decir que haya que poner a un burro a dar clases.

Por temor al efecto del bumerang no denunciemos los males sociales: tememos que el día menos pensado nos caiga una enorme piedra sobre nuestro techo de vidrio. No debe ser esta nuestra actitud y las instituciones no deberían hacerle nido a estos profesionales que llegan a invernar, a parasitar para engordar sus arcas y dejar por el suelo la calidad y la excelencia académica. Ser académico implica tomar riesgos no sólo en la aventura de la investigación, la docencia y la extensión, sino también en la responsabilidad y en el compromiso de ser crítico y autocrítico de su propio quehacer. ¿Puede una educación



humanística darse el lujo de dormir con su propio enemigo y ser ingenua al mismo tiempo? No hay que esperar estar libre de pecado para tirar la primera piedra<sup>7</sup>.

---

## NOTAS

1 Poeta, cuentista y tallerista literario. Profesor en la Universidad de Costa Rica y en la Universidad Nacional. Autor de: Las sombras de la noche (1983), La máquina de los recuerdos (1993 y 1995), Los rituales del poder (1997), Sombras de antes (1998), Guía de razonamiento verbal (2000 y 2001) Y Las cenizas del sentido (2001).

2 Es probable que estos juicios sean muy generales. Tal vez el espíritu de lucha y compromiso en otros contornos sea más fervoroso, porque se tiene la esperanza de que la educación es el único medio para liberarse de esquema de inamovilidad social en que vivieron nuestros padres. Es más seguro que un estudiante sobresaliente de un pueblo apartado de la urbe ponga todo su empeño por acceder a la educación superior para salir de la situación de atraso y a la vez ayudar a los suyos como recompensa por todo lo que ellos hicieron por él, y a la vez se quede trabajando con el mismo centro educativo donde hizo su primaria o su secundaria con tal de motivar, incitar y encauzar a otros para que hagan lo mismo, para que lleguen a la universidad y se formen como profesionales responsables de sí, de los demás y del mundo en que viven.

3 No crean las universidades privadas que están exentas de los perfiles que aquí se apuntan. De modo que no se tomen los perfiles que apuntamos como una plaga que sólo habita en los campus de la universidades públicas y tener más motivos para desacreditarlas. Una buena crítica debe estar acompañada de una autocrítica.

4 Si por casualidad este profesor le corresponde compartir cátedra con otros colegas, si permite que los demás participen: a) no deja que nadie se le adelante; b) sus palabras serán las últimas que cierren, aclaren, concreten. En caso de no admitir la participación de los demás colegas: a) los cuestiona y desautoriza frente a los mismos estudiantes en presencia de los profesores o en otro momento cuando a él le corresponde dictar su materia al mismo grupo; b) no opina, pero sus gestos que son bastante visibles para los estudiantes- expresan el criterio y el juicio que tiene sobre quien tiene la palabra.

5 Algunos no sólo llegan bajo los efectos del licor, sino también bajo los efectos de la droga. No se aplica ni se cumple con la reglamentación que prohíbe y castigaría a quienes (profesores y estudiantes) consuman bebidas alcohólicas en el aula, laboren en estado de embriaguez o bajo los efectos de drogas o estupefacientes.

6 Es probable que la relación no venga tanto a cuento, pero así como reparamos quisquillosamente en qué tipo de restaurante nos vamos a meter para alimentar nuestro cuerpo, del mismo modo deberíamos hacerla con el centro educativo donde pensamos alimentar nuestro espíritu, no sea que nos indigestemos comiendo y educándonos en cualquier parte.

7 Abruma cómo algunos de los perfiles de académicos aquí aludidos han pasado a formar parte natural de la composición de una academia, de un centro de estudios superiores. No porque seamos imperfectos tenemos que tolerar el crimen, la violación de los derechos humanos, el hostigamiento, el chantaje, el engaño y la mentira. El miedo a las represalias es el freno más frecuente para que callemos. ¿Hasta cuándo, por miedo, vamos a seguir conviviendo con el enemigo de la calidad y la excelencia de la vida, de la paz, de la democracia, de la libertad, de la justicia, de la educación?